

Hospital, refugio y esperas superpuestas

IGNACIO IRAZUZA

MONTERREY, 18 DE FEBRERO DE 2022

De la gente que vive debajo del puente de la Av. Gonzalitos, frente al Hospital y Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey, casi todo el mundo sabe y tiene constancia por residir en los alrededores y, sobre todo, por circular en los rumbos de ese sector de la ciudad. A este refugio de debajo del puente le pasan por encima y por los costados una gran proporción de los dos millones de vehículos que existen en la ciudad.

Para muchos de los habitantes de Monterrey, la representación que tenemos del lugar es la de una prolongación del hospital. Entendemos que ahí pernoctan y viven



familiares de pacientes internados, que es como una especie de anexo de las salas de espera del hospital, que imaginamos desbordadas o no habilitadas para esperas prolongadas. Pero a partir de una primera visita y conversación con alguien del lugar supe que es un centro que congrega a mucha gente de la llamada «en situación de calle». Es como si la condición de familiar de paciente legitimara la existencia de este refugio abierto y visible con un manto de «buen desdichada/o» y que, así, fuera posible el desarrollo de su vida cotidiana en todo su dinamismo: con la aquiescencia de la policía; con múltiples formas de ejercicio de la caridad por parte de iglesias, empresas y otras organizaciones civiles que reparten alimentos entre la gente del lugar, con puestos diversos de comida; entre paradas de autobuses, frente a mirones de semáforo, etc.

33

Hospital, espera, puente, gran avenida, vidas en tránsito y ciudad son algunos de los elementos que componen este paisaje de bordes y desbordes de refugios, un lugar de múltiples vínculos y de vidas expuestas a intemperies y esperas superpuestas.



Manta

CAROLINA KOBELINSKY

PARÍS, 25 DE FEBRERO DE 2022

Ayer estuve en mi antiguo barrio parisino, de pasadita nomás, camino a una reunión. Subiendo la Rue de Belleville escucho un «Madame Carole», me doy vuelta y ahí estaba Ali. Su sonrisa inmensa me permite ver que sus dientes —aquellos que todavía le quedan— andan mejor que en otros tiempos en los que ni siquiera podía abrir la boca del dolor. Como siempre, pantalón negro con el ruedo deshilachado, zapatillas viejas, campera negra con alguna estampa amarilla, la capucha puesta. Y su bolsa de mercado.

Ali es un señor cuya edad no sé calcular, que viene de África Occidental, pero no sé de dónde, nunca le pregunté. Sé que está en Francia desde hace años, que vivió un tiempo en Amiens y que se vino a París cuando empezó a oír que había sitios «donde hay muchos africanos», pensando que tal vez eso le permitiría acceder a lo básico, «un techo, un baño, comida». Tal vez, incluso, papeles. Intuyo que eso ocurrió hacia fines de 2015, 2016. Yo lo conocí al inicio del confinamiento, cuando intercambiamos dos palabras a la salida de la panadería del barrio. Y donde pasó la mayor parte de la pandemia, pidiendo ayuda «para pagar una noche de hotel», «para comer un kebab», «para tomar un café». Al poco de conocerlo entendí que todas las mañanas temprano, cuando llegaba al barrio, dejaba su bolsa de mercado al cuidado de Céline, la señora de ojos claros de la verdulería chic, y que alrededor de las seis iba a recogerla, camino al hotel, a las duchas públicas o a las escaleras de alguna estación de metro donde pasaría la noche. Cuando el año pasado la verdulería cambió de encargada, Ali optó por andar con su bolsa a cuestas todo el tiempo.



Charlando ayer mientras caminábamos juntos hacia el kebab, Ali abrió la bolsa para mostrarme cuán mojada estaba aún su manta. Es que había llovido mucho los últimos días y todavía no se secaba. La bolsa solo contenía eso, una manta, SU manta. Tuve de pronto flashes de la discusión del otro día en la que Gatti o María, ya no recuerdo (¿los dos quizás?), mencionaron un anuncio de UNICEF de la manta. La manta casi como una extensión de su cuerpo, como una suerte de broquel, escudo para cubrirse, resguardarse, defenderse. Tal vez una forma mínima de refugio.

Cuerpo-paloma-ser

GABRIEL GATTI

PARÍS, 17 DE ABRIL DE 2023

Q uedamos los dos, Carolina y yo, para recorrer el distrito 18 de París, pasear por barrios que diesen opciones de ver lo que queríamos ver, que es lo que normalmente no se ve. Serendipiamos, si se puede decir así, deambulando bajo la vía del metro que por esa parte de París corre por el aire. Es interesante ver la cantidad de refugios que se generan debajo de las vías. En esos huecos hay muchas vidas singulares.

Cuando esa vereda cubierta está por terminarse y el paseo cerca de acabarse llegamos a lo que reconozco como la plaza por la que pasamos cuando fuimos unos días atrás al parque de Les Buttes Chaumont con Eli y Ainara. Ese día, un luminoso sábado de paseo familiar, saqué una foto de la plaza porque me sorprendió que en la mitad había dos montones de ropa sin nadie cerca, pero rodeados de palomas que picoteaban buscando alimento. Usé la foto para ilustrar una cata que le mandé a María y me llamó la atención que el programa en el que estoy escribiendo esta nota, el OneNote, interpretase,

236



con ese hábil ojo que tienen los inventos de Silicon Valley, que era «una plaza urbana con gente». No había gente en realidad, eran las palomas.

Hoy sí había gente o había alguien o algo en cada uno de los dos montones de ropa. En el de más a la izquierda alguien tumbado, durmiendo. En el de más a la derecha alguien en movimiento, con los pantalones bajados, extremadamente sucio, moviéndose de un lado para otro en una especie de baile, sin mucho sentido, sin que pareciese que lo que hacía siguiese un propósito.

No sé qué era.

Yo interpreté que un hombre, Carolina que una mujer. Y OneNote que palomas. Creo que todos teníamos razón, y que ahí, en ese desajuste, está la cosa: en la dificultad de darle registro cabal a ese cuerpo que se mueve de manera disparatada y que no sabemos cómo ubicar ni dónde hacerlo. Es tan extremo que no llega ni a desagradar.

Tiro de nuevo de la ayuda del Google Maps para ver el historial de fotos de ese rincón: veo que en noviembre de 2022 esos cuerpos ya estaban ahí, confundidos entre palomas y transeúntes. Es decir, esos dos seres llevan al menos medio año en esa esquina transitada de París, en una encrucijada que conduce a coches, bicicletas y personas hacia barrios populosos y vías repletas de vehículos, al lado del canal St. Martin, en vía rápida de hipsterización. Tremenda descomposición la del registro sensible de la ciudad.